

PORNSCAPES, in *Pornscapes*, 2006, Ed Goliath, Frankfurt / New York

Hay algo profundamente excitante sobre espolear el placer a las alturas de la demencia absoluta. Ninguna duda que en los brazos de este hombre yo descubrí profundamente dentro de mí capacidades físicas que nunca había imaginado. El insaciabilidad de Pierre abrió mi apetito por exhibirme. Su provocadora mirada de fotógrafo despertó mi exhibicionismo latente.

De la misma manera que cualquier pareja que practica la auto-erotización, Pierre tomó fotografías mientras hacíamos el amor, con el impulso de llevar la expresividad de nuestros cuerpos incluso más lejos. Una especie de diario íntimo empezó a tomar forma, con ambos de nosotros como los únicos protagonistas, y nada más excepto esa pequeña cámara de enfoque automático para dar testimonio de nuestros repetidos picos de ardor. Debe decirse que en aquel tiempo nos separaba una distancia de mil kilómetros; yo vivía en Montpellier y él en Bruselas. Más que cualquier otra pareja devorada por la pasión del amor, al encontrarnos tratábamos de llenar ese vacío del cual sabíamos que pronto nos sobrevendría. Aparcaderos de camino, sanitarios de tren, mesas de cocina o habitaciones de hotel, no había lugar que se escapara de nuestro desenfreno. Ni un momento de descanso para nuestro deseo de fusión, ni frenos para la insolencia de nuestros impulsos.

El juego del amor se adapta muy bien a la velocidad de toma instantánea de la fotografía. Qué puede ser más banal que querer suspender la experiencia de un sentimiento, prolongar un orgasmo mucho más allá de su duración, posponer por un rato la tregua entre los cuerpos. De clic en clic, de imagen en imagen, todo un mundo mágico entero comienza a desplegarse, a unir sus piezas y estructurarlas, una y otra vez... Sólo entre nosotros dos. Porque muy lejos de ser un ojo voyeurista externo, la cámara era la extensión de nuestros brazos, tomando sin apuntar cuanto hubiese por registrarse en ese instante. Accionada por Pierre, y también por mí, de la manera más intuitiva e inoportuna, ella tomó parte en nuestros juegos eróticos y reveló lo que no podíamos ver por nosotros mismos. Y la vista descentrada en las fotos tomadas desde un brazo estirado produjeron algunas imágenes impredecibles, ángulos desconocidos de nuestros propios cuerpos entrelazados.

De regreso en Bruselas, Pierre estaba muy impaciente por descubrir lo que la cámara había registrado, y colocó tantos negativos de 24x36 en el ampliador de 4'x5' como era posible. Esto sumaba hasta seis. Los escogió al azar, sin ninguna selección apropiada ni alguna intención previa, y los imprimió todos en una sola tanda. El resultado en un principio fue incierto, pero de poca importancia; la sorpresa en sí dio lugar a una nueva ola de excitación y extendió el juego aun más. Mi garganta era todavía más profunda, mi sexo más abierto, el suyo más penetrante.

Un día mientras mirábamos una nueva serie, notamos que algunas fotografías se enriquecían mutuamente. Era como rastrear alguna intención oculta. Nunca es una cuestión de suerte solamente... De pronto, un juego de seis fotografías se convirtió en sólo una... Este fue el verdadero punto inicial del trabajo, y Pierre decidió entonces mantener esta forma, particularmente porque le recordaban las partituras de J. S. Bach. En este marco rígido y restrictivo, estábamos seguros de encontrar toda clase de combinaciones posibles, y de combinarlas con tanta libertad y fantasía como fuese posible.

Nuestro doble juego corporal continuó así mediante el corte y reensamblaje de las hojas de contacto. La fusión de amor y caos de nuestros cuerpos pasó a multiplicarse simplemente dejando que las imágenes penetrasen las unas en las otras o apartándolas. Juntas, ellas muy bien podían desarrollar un nuevo lenguaje, mantener una nueva conexión orgánica, geométrica o metafórica, concreta o abstracta, dependiendo de nuestra imaginación y del nivel de lectura. Cualquier locura estaba permitida para empujar la realidad todavía más lejos y dejar que nos impactara el

orgasmo mental. Un poco como lo que Hans Bellmer había hecho previamente, lo que estaba sucediendo en nuestras cabezas finalmente pudo ser expuesto. Él ya no sufría los límites de la realidad en espacio y tiempo. Nosotros incluso nos dimos el derecho de erotizar el entorno que nos rodeaba, fuese paisaje o arquitectura, con el que tantas veces intentásemos conectarnos.

En esta serie de trabajos, el acto del amor no busca presentarse a sí mismo como tal. Por más que se alimente de los impulsos sexuales más elementales, es en las composiciones complejas que provienen de un riguroso razonamiento donde realmente puede llegar a estallar. Se regenera en infinitas variaciones libres, de un género más sexográfico que pornográfico. Al igual que con otras parejas excesivas, por ejemplo Gainsbourg / Birkin, o Lennon / Ono, que en su pasión rebotante encontraron puntos en común sobre los cuales podían trabajar, la fotografía presentada aquí ha encontrado su propio lenguaje demostrativo y afirmativo. Una intención deliberada de dejar que el surrealismo prevalezca en formas compuestas, seres híbridos, Compactes o dislocados. Porque no existen límites para el deseo de penetrarse a sí mismo, de absorber un sexo, de sentir una lágrima de clímax a través del propio estómago. Los pies, la boca, las nalgas, los pechos, los miembros, todo se puede ffiirar, agarrar, lamer al mismo tiempo. Para ello solamente se necesita reconocer la continua fuerza creativa del deseo.